

EL SENTIDO DE VERDAD EN PERSPECTIVA DEL MITO GRIEGO

JULIÁN ESTIVEN ECHEVERRI PERÉZ

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE FILOSOFÍA, TEOLOGÍA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFÍA
FILOSOFÍA
MEDELLÍN

EL SENTIDO DE VERDAD EN PERSPECTIVA DEL MITO GRIEGO

JULIÁN ESTIVEN ECHEVERRI PÉREZ

Trabajo de grado para optar al título de Filósofo

Asesor

LUIS FERNANDO VAHOS ECHEVERRY

Filósofo

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE FILOSOFÍA, TEOLOGÍA Y HUMANIDADES

FACULTAD DE FILOSOFÍA

FILOSOFÍA

MEDELLÍN

2022

20 de noviembre de 2022

Julián Estiven Echeverri Pérez

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad”. Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

Firma del autor

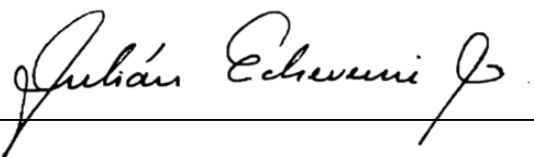


Tabla de Contenido

Resumen	5
Introducción	6
Mitos de Origen	8
Sentido de Verdad	10
¿La Verdad es Absoluta o Relativa?	22
¿Qué es la Verdad para la Teología?	24
Conclusiones	29
Referencias.....	31

Resumen

El presente artículo de reflexión tiene como objetivo general analizar brevemente el sentido de verdad en el mito griego como posibilidad de comprensión y relación existente entre palabra y símbolo en perspectiva de planteamientos de algunos filósofos, entre ellos, Sócrates, Platón, Aristóteles, Heidegger, Nietzsche, Gadamer, Foucault, Panikkar, Agamben, y Han, quienes nos acompañan en esta travesía cuya base es la pregunta: ¿cuál es el sentido de verdad oculto en el mito en perspectiva griega? Este interrogante responde desde la perspectiva epistemológica como necesidad en tiempos modernos. El mito en principio era un relato para mantener viva la memoria de la cultura, sin embargo, desarticular la relación existente entre palabra y símbolo generó la fragmentación subjetiva y colectiva. Esta fragmentación determinó posiblemente la tergiversación del sentido de verdad.

Introducción

Los seres humanos nos diferenciamos del resto de animales por el hecho de ser políticos, sexuados, trascendentales y simbólicos. Nuestro lenguaje, formado por palabras, es fruto de un proceso simbólico. En la aparición de cada palabra hay un hecho histórico que la parió y que nos lleva a identificar y nombrar algo. Los esquemas simbólicos nacen al interior de cada cultura y se impregnan en la mente de cada uno de sus miembros. Estos esquemas simbólicos culturales depositan su experiencia en el inconsciente humano. Cada persona, según su cultura, tiene una forma propia de ver, y en ocasiones, de nombrar lo experimentado o aquello que se le presenta como realidad posible. Un fruto de los muchísimos esquemas simbólicos es la historia de cada grupo o etnia, que nos enruta en la dinámica de la diversidad. Así, cada una de las culturas posee una verdad que ha sido construida y asignada por su propia historia. Vale la pena aclarar que estos esquemas simbólicos pueden estar en constante devenir, puesto que hay acontecimientos que los afectan. Igual, la historia y la cultura son responsables en el enriquecimiento de dichos esquemas mentales, pueden ampliar o estrechar la capacidad simbólica de un grupo.

Hay realidades humanas que se juntan para hacer aparecer el símbolo: la experiencia profunda de un hecho que está en el interior de la conciencia; el esquema mental propio a través del cual se filtran dichas experiencias; y la expresión literaria o artística que está destinada a narrar la experiencia. De esta manera, a través de los filtros simbólicos de la mente, el mundo interior se une con el exterior, lo secreto se hace patente

y lo inenarrable se hace narrable. Al fin, la decisión de contar el acontecimiento que está en lo simbólico, muchas veces sin saber cómo narrarlo, escoge algunas de las formas de manifestación cultural, una de ellas es el mito, quizá la más concurrida desde antaño. Y es que casi todas las palabras dicientes en la filosofía están atravesadas por un mito que las abarca y les da el significado que no podría dilucidarse con la unión de unas cuantas letras. Así, lo escondido, lo oculto, lo secreto queda manifiesto al poder ser expresado.

Mitos de Origen

Todo individuo pensante, al igual que todo grupo humano, tiene en su conciencia experiencias significativas que le evocan interrogantes. Dichas cuestiones exigen permanentemente una respuesta. De ahí, nacen realidades escondidas, inexplicables, inenarrables o indecibles. El consciente como el inconsciente dan respuestas que están ligadas a las experiencias vividas, hayan sido de opresión o liberación. El ser humano siente la necesidad de dar salida a este acumulado de experiencias y se vale de los esquemas socioculturales en los cuales está inserto, para que los esquemas simbólicos de la mente puedan darle una determinada interpretación a lo que se busca determinar. La libertad humana es capaz de crear su propio camino, sus propias convicciones, su propia verdad. Por eso fabrica determinadas mediaciones o relatos para darle salida a lo que bulle desde su interior. Estos relatos para ser plenamente comprendidos están relacionados con la historia y la cultura del individuo o grupo que los crea. Así, su comprensión se da en el marco del contexto histórico y cultural para el cual fueron creados. A manera de conclusión, el símbolo se produce exactamente cuando la experiencia interior y el relato exterior se unen para revelar aquello que de otra manera quedaría oculto, o para responder interrogantes que están en lo más profundo de todo ser.

Un símbolo se convierte en mito cuando el relato simbólico trata de explicar los hondos contenidos que tienen los orígenes de alguien o de algo. Entre las cosas que el ser humano siente que le bullen en su interior, existe una serie de interrogantes acerca del

comienzo de las cosas: del mundo, de los reinos minerales, vegetal y animal con los que el ser humano se siente emparentado, de la propia aparición del ser humano en el universo como persona y como grupo, y del papel de Dios en todos estos procesos. Cuando los seres humanos crean relatos para responder estos interrogantes sobre su origen individual o grupal, es decir, sobre el origen del propio grupo como tribu, pueblo o nación, el símbolo creado se llama mito de creación. Por lo tanto, todo mito tiene que ver con un relato simbólico sobre los orígenes de alguien o de algo. Y, puesto que estos orígenes se pierden en el tiempo y la distancia, el ser humano reflexiona sobre los mismos, no tanto para rehacer una crónica de los hechos, cosa imposible, sino para descubrir el sentido profundo que tiene para un grupo su momento original.

El mito de origen para cualquier pueblo es el relato simbólico que trata de explicar el sentido profundo que tiene para un grupo el momento original, su punto de partida, de un tiempo y un espacio indeterminado, pese al esfuerzo por determinarlos o concretarlos. El momento original de un grupo no es necesariamente el momento primero en el tiempo cronológico. Esta distinción en los tiempos nos lleva a hacer precisiones como estas: se puede pensar el origen del mundo, del varón, de la mujer, de cada pueblo no solo como el momento en que comienza su existencia física, sino también como el momento en que se es consciente de su existencia, o en el momento en que dicha existencia adquiere un nuevo sentido social, cultural o religioso.

No todos los pueblos leen desde una misma manera el momento que ellos juzgan original para su grupo. Todo depende del contexto en que se encuentren, de sus condiciones sociohistóricas, sociopolíticas, socioculturales y socio-religiosas. Son demasiados los factores que pueden modificar el sentido que un grupo o pueblo le da a su historia y a los

relatos que las interpretan. Los relatos de origen obedecen siempre a los problemas o interrogantes que el grupo interesado se está haciendo frente a su propia historia, o frente a su propio ser. Lo que el grupo interesado busca en el empleo del mito es darle sentido a la historia que está viviendo, reforzándola o corrigiéndola. De todas maneras, el propósito fundamental de un mito de origen es relacionarlo con la historia del grupo, con su cultura, con sus costumbres. Por lo tanto, el mito de creación se escribe desde la historia que se está viviendo y no al contrario. Nunca un pueblo escribe un mito teórico para, a partir del mismo, comenzar a vivir su historia. El mito pertenece a la misma historia que se vive y trata de darle o buscarle su sentido más hondo.

Sentido de Verdad

Más que en el mundo contemporáneo, en el mundo occidental, el cual es el que hereda el pensamiento griego frente a la verdad y el que ha venido imponiendo en Occidente su noción y práctica sobre la verdad. En el pensamiento griego la verdad está en las cosas y por lo mismo el ser humano está en la verdad en la medida en que su mente se adecúe a las cosas, sea fiel al mundo exterior que lo rodea. En el mundo bíblico (no necesariamente el mundo hebreo), la noción de verdad es totalmente opuesta: la verdad no está en las cosas, sino en la mente humana, en la medida en que ésta esté imbuida de justicia y mire la realidad a partir de la justicia que ellas tengan. En la medida en que la mente está imbuida de justicia, en esa misma medida le comunica verdad a las cosas que maneja, las cuales deben conducir a la justicia. Esta es la razón por la cual Jesús habla de

que él es la Verdad. Él siente su conciencia muy llena del tipo de justicia que ha ido construyendo, de acuerdo a su relación con el Padre que lo engendró, y con el Espíritu que lo activa y concreta en obras llenas de amor, que es lo que solemos llamar “santidad”. En el mundo contemporáneo hay crisis de verdad, porque no es la justicia la que orienta las conciencias ni la que empapa las cosas, sino el interés, tanto el interés personal como el comunitario o colectivo. Con nuestras actitudes interesadas destruimos la verdad en nuestras conciencias y le quitamos verdad a las cosas, ya que no las hemos convertido en mediaciones de justicia.

La cultura griega fue una de las tantas culturas en occidente en donde se empezó a pensar el origen del cosmos en relación con el pensamiento, el sentimiento, la experiencia y los acontecimientos de la vida humana. En esta dinámica relacional fueron los griegos en determinar que era necesario pensar profundamente los fenómenos de la vida en articulación con los hechos acaecidos en el cosmos. Los griegos analizaron que los hechos protagonizados por el hombre exigían pensarlos desde el origen y las consecuencias. En este sentido, los griegos fueron inventando un lenguaje capaz de articular: "el pensamiento y el saber libre" como diría Burckhardt (1964) lo que es válido decir que los griegos inauguraron una nueva forma de pensar los fenómenos. A partir de los presocráticos se descubre que era fundamental buscar la causa primera, en un primer momento, posteriormente, con la figura de Sócrates, Platón y Aristóteles, se empieza a instaurar y a entender que el saber debe predominar en el contexto práctico-político. Sin embargo, este saber práctico-político debe estar fundamentado por la Aleteia, la verdad, que no es un concepto simplemente, sino una construcción política, es decir, colectiva, en donde los dioses paganos no intervienen. Para los griegos los dioses paganos en la solución de los

conflictos humanos no intervienen. Este pensamiento está dentro de la invención de la democracia griega. La democracia como forma de gobierno es una búsqueda de los hombres a partir del consenso en el que los dioses y los demonios están excluidos de la verdad anhelada porque la verdad es una construcción humana. Como lo expone el mismo Gadamer:

Todo el mundo de los dioses paganos, no sólo el de este o aquel pueblo, es desenmascarado, teniendo presente el Dios del más allá de la religión judeocristiana, como un mundo de demonios, es decir, de falsos dioses y seres diabólicos, y ello porque todos son dioses mundanos, figuras del mundo mismo sentidos como potencia superior. A la luz del mensaje cristiano, el mundo se entiende justamente como falso ser del hombre que necesita la salvación (...) el cristianismo ha preparado el terreno a la moderna Ilustración y ha hecho posible su inaudita radicalidad, que ni siquiera hubo de detenerse ante el propio cristianismo. (Gadamer, 1997, p. 15).

La búsqueda de la verdad para los griegos, precisamente para Platón, en principio estaba relacionada por el mito. El mito era una construcción colectiva fundamentada en la palabra oral con el objetivo de conservar la enseñanza acerca del origen de la cultura. En este sentido el mito tenía un carácter pedagógico y cargado de sabiduría. Lo que equivale decir que, "el mito tiene, en relación con la verdad, el valor de ser la voz de un tiempo originario más sabio" (Gadamer, 1997, p. 16). Por tal razón es común encontrar en los diálogos de Platón un mito que haga referencia a la sabiduría plasmada en cada relato que busca explicar lo que a la razón le cuesta entender. Esto nos pone frente a la profunda relación primitiva entre mito y razón, relación armonizada por dos posibilidades de

alcanzar la anhelada sabiduría. "Solo así se comprende que en la gran filosofía ática y, sobre todo, en Platón pudiesen entremezclarse la filosofía y la tradición religiosa. Los mitos filosóficos de Platón testimonian hasta qué punto la vieja verdad y la nueva comprensión son una" (Gadamer, 1997, p. 18).

Ahora bien, es de suma importancia decir que el mito estaba fundamentado por la palabra. Esa palabra era el espíritu de la tradición por eso no se cuestionaba. Sin embargo, al empezar a cuestionarse toda la tradición oral, entonces, al mito como relato se le exige explicación desde la razón desconociendo que la razón estaba inmersa en el mismo relato. Las historias narradas sobre el origen entonces empiezan a ser cuestionadas desde el mismo historiador Heródoto. Como expone Gadamer, "Ante sus ojos Heródoto aparece como el narrador de historias (*mythologicos*) y en su teoría de la tragedia designa con la palabra *mythos* el contenido narrable de la acción. En este contexto tampoco puede hablarse de la oposición extrema entre mito y *logos* con que estamos familiarizados. Las historias inventadas poseen asimismo verdad" (Gadamer, 1997, p. 26). Y como posteriormente defenderá Panikkar en cuanto que el mito es "un estado de consciencia, una actitud humana fundamental que está junto al *logos*, no frente a él". (2007, p. 182).

En este sentido, cuestionar el mito a partir de lo que lo fundamenta (la palabra) era ir en contra de lo que nombra el cosmos y la vida del hombre mismo. La palabra lo es todo. La palabra crea al nombrar. La palabra relaciona cosmos y vida. Sin embargo, este cuestionamiento nos introdujo a uno de los grandes deseos del hombre que era saber cómo empezó todo esto, pero es un deseo fallido. El querer saber cómo empezó todo esto nos sumergió en el mundo de los cuestionamientos a lo ya establecido. "No sabemos cómo empezó esto, ni tan solo si hubo un comienzo. Pero sabemos que no hacemos más que

continuar esa historia que nos precede, que nos engendra, que nos habita” (Comte-sponville, 2010, p. 25).

El problema sobre cómo empezó todo en cierto tiempo para los griegos se trasladó a la política, política entendida como construcción colectiva que demanda el diálogo en medio de la diferencia de pensamiento, en primera instancia. En este sentido, el problema se agudiza en la medida de preguntar quién está capacitado para decir la verdad. O quién puede habitar en la verdad no como concepto, sino como una construcción ya no solo colectiva, sino subjetiva. Este cuestionamiento se va a leer en el relato que trae a colación Platón en el diálogo *Fedro* en el que la trama no es el lenguaje y la importancia de elegir entre la tradición oral o la escritura. En este relato sobre el mito del lenguaje que posiblemente Platón oyó siendo esclavo en Egipto se muestra quizá la relevancia de quien está capacitado para decir la verdad, acto interesante en el círculo de la política de la antigua Grecia.

Esto suponía que la verdad con relación al mito y al logos estaba determinada por el hombre que había alcanzado la sabiduría. Recordemos que la diferencia entre filosofía y sabiduría estaba determinada porque la primera era una metamorfosis del *eros* en *logos*, y la segunda, era la condición que había alcanzado el hombre después de haberse dejado traspasar por el deseo (*επιθυμία*). En resumen, podemos decir que, en relación de la problemática desatada entre mito y logos se entiende que, el mito estaba fundamentado por el logos y cuando se le empezó a exigir que diera cuenta de manera lógica de las cosas se inauguró la primera bifurcación en una travesía cuyo destino es la explicación del cosmos de manera conceptual, dejando aparte la experiencia. El método de la experiencia es retomado por la modernidad, en donde la experiencia de lo vivido es relevante porque

posibilita el sentido de la verdad. La verdad, repitamos, para los griegos era una construcción subjetiva y a la vez colectiva.

La verdad contenida en el mito, en principio, no se cuestionaba. En la medida en que se racionaliza cada relato contenido en los mitos se empieza a buscar explicación lógica y se deja de lado el aspecto simbólico para dar prioridad a la razón. Entonces, la verdad se convierte en un concepto. El concepto despierta la sensación de que se conocen las cosas por el hecho mismo de nombrarlas. En este panorama se inserta la trama del diálogo *Cratilo* de Platón, en el que Cratilo, Hermógenes y el mismo Sócrates exponen las tres teorías sobre el lenguaje, en su orden, la teoría natural de los nombres, la teoría de los nombres consensuados y la teoría oculta de Sócrates que aparece al final después de las explicaciones de las respectivas teorías de sus discípulos, que no es más que la teoría del ser. En este sentido, Platón mediante los planteamientos de Sócrates nos presenta que la verdad es una armonía profunda entre el ser que enuncia y el ser de la conducta. El anhelo de habitar en la verdad es cuestión de conocer quién soy o quiénes somos, en sentido colectivo. En consecuencia, una vida que desea habitar en la verdad primero debe concentrarse en lo ontológico, en esa pregunta de antaño que engendra la travesía que contiene el relato de la Odisea de Homero. En otras palabras, “Ver las preguntas es poder abrir lo que domina todo nuestro pensar y conocer como una capa cerrada y opaca de prejuicios asimilados. Lo que constituye al investigador como tal es la capacidad de apertura para ver nuevas preguntas y posibilitar nuevas respuestas. Un enunciado encuentra su horizonte de sentido en la situación interrogativa, de la que procede”. (Gadamer, 1992, p. 59).

Posteriormente, va a parecer Nietzsche quien cuestionará la verdad como concepto,

a quien le pareció una arbitrariedad entender y asumir la verdad como mera palabra. La palabra es definida por el mismo Nietzsche como una metáfora arbitraria, en tanto ella, lejos de presentarnos "la cosa en sí", es decir, una verdad pura y sin consecuencias, se limita a referir la relación de las cosas con respecto a los hombres y luego a expresarla mediante un simple sonido. Ante este cuestionamiento el mismo Nietzsche se pregunta y se contesta: "¿Qué es la verdad? Un ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en una palabra, una suma de las relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias" (Nietzsche, 2011, p. 194).

En este sentido, la palabra verdad por el uso se desgasta y se engendra la cultura del engaño a través del lenguaje. El hombre, en este caso, cree saber algo de las cosas mismas, de sus esencias, cuando utiliza las designaciones que le ha dado a cada una de ellas, pero, en realidad, no maneja más que metáforas. La verdad es una experiencia subjetiva no determinada por el concepto, sino la construcción total de la vida. La reclamación del filósofo alemán consiste en comprender que la verdad no es una palabra sino la forma estética de hablar de lo que el hombre ha vivido y le falta por vivir en medio de la tragedia y la comedia de la vida. Así, nos dice Nietzsche, "La omisión de lo individual y de lo real nos proporciona el concepto del mismo modo que nos proporciona la forma, mientras que la naturaleza no conoce formas ni conceptos" (Nietzsche, 2011, p. 194).

Nietzsche concebía la verdad como armonía con la experiencia del ser. La experiencia del ser en la distinción de la Zoé y la Bíos exige que podamos entender que la primera forma de vida corresponde al "simple hecho de vivir, común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses) y la segunda forma de vida indicaba la forma o manera de

vivir propia de vivir o un grupo” (Agamben, 1998, p. 4). Recordemos que Nietzsche se convirtió en un crítico acérrimo contra la teoría de la superioridad del hombre sobre los otros animales como lo deja ver en el aforismo 115 de la obra *La gaya ciencia*. En este aforismo plasma los cuatro errores cometidos por la cultura instaurada y direccionada por la razón. Para este filósofo alemán la verdad está relacionada profundamente con la experiencia genuinamente estética de la vida que, “no es una complacencia en la que el sujeto se reconoce a sí mismo, sino la conmoción o la toma de conciencia de su finitud” (Han, 2015, p. 32).

La estética se convierte para Nietzsche en la posibilidad de comprender lo trágico y lo cómico de la vida humana a partir de la experiencia y la conciencia de la finitud. Es en este sentido en que el filósofo alemán reclama lo absurdo de vivir con la esperanza en un dios ausente que pregona el cristianismo. La esperanza predicada por el cristianismo no es más que simple percepción miope del hombre por el hecho de no responsabilizarse de la vida tal cual como acontece en el mundo. De ahí que Nietzsche denuncie que en ello no hay nada de extraordinario diciéndonos:

Esas nociones las producimos en nosotros y a partir de nosotros con la misma necesidad que la araña teje su tela; si estamos obligados a concebir todas las cosas solamente bajo esas formas, entonces no es ninguna maravilla el que, a decir verdad, sólo captemos en todas las cosas precisamente esas formas, puesto que todas ellas deben llevar consigo las leyes del número, y el número es precisamente lo más asombroso de las cosas (Nietzsche, 2011, p. 210).

El cuestionamiento de Nietzsche a los instrumentos empleados por el hombre en lo referente al lenguaje donde reside cierto modo de verdad, no sólo toca al modo de

conocimiento de la ciencia, sino que también toca al mito. “El mito también se presenta como producto de aquel impulso fundamental del hombre por crear metáforas, que le aseguren cierta regularidad y fortaleza” (Gadamer, 1998, p. 29). Sin embargo, dice Gadamer, “a diferencia del caso anterior, en el mito el intelecto se ve liberado de los acuerdos o convenciones que en un primer momento se tomaron en función de mantener la vida en sociedad. Se arrojan metáforas sin orden y se remueven los hitos de las abstracciones” (1998, p. 35).

El hombre a lo largo de la historia ha estado guiado por conceptos, palabras e intuiciones abstractas que nutren la esperanza de otra vida. La verdad no es una palabra. “Es evidente que cada uno de nosotros recurre constantemente a la experiencia práctica de la vida”. (Gadamer, 1992, p. 55). La verdad es la posibilidad de entender la propia vida vivida en la tragedia y la comedia según Nietzsche. El filósofo alemán en este sentido duda del lenguaje porque las palabras usadas por el hombre tienen tendencia al engaño. En este sentido:

La dimensión necesitante de la ciencia acaba allí donde se tocan las auténticas cuestiones de la existencia humana: finitud, historicidad, culpa, muerte; en suma, las situaciones límite. La comunicación no es ya transmisión de conocimientos mediante pruebas categóricas, sino el trato de una existencia con otra. El que habla es a su vez interpelado y contesta como un yo al tú porque también él es un tú para el tú. (Gadamer, 1992, p. 60).

El lenguaje es engañoso y es engañoso por el hecho de que no conocemos las cosas por el simple hecho de nombrarlas. Si decimos, “vida”, “verdad”, “Dios”. “justicia”, no nos

hemos percatado que son meras palabras que por el uso se van desgastando hasta el punto de llegar a sentir que con el tiempo que estas tienden a no significar y decir nada para las próximas generaciones de seres. Para Gadamer es relevante decir que:

La verdad del mito se emparenta con la del discurso científico, en tanto palabra, discurso y lenguaje, pero que se aleja de ésta en tanto no pretende responder a las metáforas convencionales ni a las pretensiones de ser un discurso completo y acabado que contenga la totalidad de la realidad. La verdad del mito griego es de otra modalidad. (Gadamer, 1998, p. 45).

Los preliminares planteamientos en torno a la verdad, presentados por Nietzsche, nos hacen pensar que a partir de la filosofía podemos encontrar rastros que, por un lado, nos hagan revisar el concepto de verdad en relación con el discurso y la conducta del hombre. En este direccionamiento Nietzsche nos acerca a la persona del *parresíastés* en el contexto de la antigua Grecia, cuyas características estaban determinadas por el respeto de la tradición de la palabra oral y la palabra escrita como posibilidad de comprender la vida particular y colectiva. Esta persona encarnada en ese ser que buscaba entender la realidad no como palabra simplemente sino como experiencia no buscaba transmitir un mensaje como diría Foucault ni una información, ni conocimiento. El *parresíastés* en la antigua Grecia era el que entendía la verdad como “incitación en la que de tal modo llama la verdad que pone en acción hacia sí, procura condiciones para el cuidado de sí. Es un discurso como mano amiga que acompaña y desata” (Foucault, 2004, p. 25). Esto implica entender que el hombre que habita en la verdad usa un lenguaje capaz de armonizar ser y hacer. Como diría Gadamer, “El lenguaje posee su propia historicidad. Cada uno de nosotros tiene su propio

lenguaje. No existe el problema de un lenguaje común para todos, sino que se produce el milagro de que con diversos lenguajes nos entendemos más allá de las fronteras de los individuos, los pueblos y los tiempos”. (1992, p. 61)”.

El mito como relato de vida y acercamiento a un principio del cosmos se constituyó en posibilidad de creación en perspectiva de la palabra. La palabra como instrumento de creación sería falseada por la supremacía de la diosa razón. La palabra vivificante registrada en el relato mítico se convirtió en sirvienta de la diosa razón, en este sentido, lo que intentó Platón era poder rescatar que el mito creaba un sentido mediante los símbolos de los que se valía no para explicar sucesos sino para entender que la vida humana como no tiene ningún sentido entonces lo más trágico era emprender el viaje hacia la construcción del sentido de la existencia. En este referente se comprende la figura del héroe griego que no le temía a la muerte, sino que su anhelo estaba determinado por la gloria y poder ser recordado. Tal como se lee en la Odisea y en la Ilíada, los dos textos míticos griegos profusos de símbolos que conectan con la vida narrada mediante 24 cantos del poeta. Estas dos epopeyas nos muestran que la palabra en el relato crea sentido a través de símbolos, en el que podemos ser Ulises, Penélope, Telémaco, Calipso, o unos de los sirvientes de Ulises. El mito es el conjunto de relatos creados para entender parcialmente las fuerzas invisibles que gobiernan y someten a los hombres a la creatividad o la barbarie en este mundo.

Eros, Tánatos, Apolo, Afrodita, Dioniso, Hera, Ares, Deméter, y Atenea son esas interacciones invisibles que se despiertan pensaban los griegos. Estas interacciones invisibles posteriormente serían interpretadas como voces internas que se despiertan sin que la razón pueda ayudar a comprenderlas. El mito desde este sentido adquiere el carácter

pedagógico en donde lo subjetivo se comprende como construcción intersubjetiva en miras de encontrar “cuáles son las formas y las modalidades de la relación consigo mismo por las que el individuo se constituye y se reconoce como sujeto” (Foucault, 1993, p. 9). El hombre no es “individuo” es decir, “indivisible”, el hombre es un ser dividido, y uno de los objetivos del mito era anhelar la armonía proporcionada por el relato a través de la palabra. La vida humana es un relato. El mito en esto era relevante. El hombre a través de la palabra constantemente se está narrando. El hombre es un “sujeto”, porque está sujeto a la palabra, a la tradición, a un pasado, y al deseo de comprender y al deseo de inmortalidad. De las múltiples posibilidades sólo existe una que es común para todos los seres, es la muerte. El relato mítico contiene esta verdad en sentido experimental.

El mito ocultaba algo y eso oculto necesitaba ser desocultado. En este sentido, el lenguaje simbólico del mito encerraba un mensaje lo que equivale decir junto a Gadamer que, “Nadie es tan intolerante como aquel que pretende demostrar que lo que dice ha de ser la verdad”. (1992, p. 52). Fueron los griegos quienes designaron la verdad al mito, pero no como lenguaje verdadero o falso, sino que, “[...] aletheia significa propiamente desocultación”. (Gadamer, 1992, p. 53). Esto porque los griegos consideraron que:

Las cosas se mantienen ocultas por naturaleza; “la naturaleza tiende a ocultarse”, parece que dijo Heráclito. Igualmente, el encubrimiento es propio de la acción y del lenguaje humano. Porque el lenguaje humano no expresa sólo la verdad, sino la ficción, la mentira y el engaño. Hay, pues, una relación originaria entre el ser verdadero y el discurso verdadero. La desocultación del ente se produce en la sinceridad del lenguaje. (Gadamer, 1992, p. 53).

¿La Verdad es Absoluta o Relativa?

Nuestra verdad es relativa. Sólo Dios (Jesús lo reivindica para sí mismo en cuanto Dios) es la verdad absoluta, porque Él es la justicia absoluta. La gran realidad y tarea humana es ir construyendo verdad a lo largo de la propia vida. La verdad plena nos queda como regalo y tarea para la otra vida. Nadie, fuera de Dios, puede decir que posee la verdad plena. Todas las personas y todas las instituciones vamos construyendo la verdad, a medida que caminamos en la historia. Y nuestra verdad se va enriqueciendo con otras verdades, de aquí la necesidad de reconocer la verdad que cada persona y cada grupo humano posee.

El ser humano o la institución que no dialoga con las otras verdades que se van construyendo en la historia, se priva del don de la verdad que, por voluntad y diseño de Dios, está repartido en la historia. Todas las culturas, por el trabajo del Espíritu de Dios en ellas, han construido verdad. No reconocerla es negar la acción de Dios en la historia. Para Dios actuar en la historia no tiene que pedirle permiso a ninguna persona ni a ningún grupo humano, por religioso que sea o que se crea.

(En el fondo es la cuestión verdad – posmetafísica). La filosofía define la verdad como la “adecuación de la mente a las cosas”, es decir, estoy en la verdad en la medida en que reflejo con fidelidad cada una de las cosas con que me relaciono. Se trata, por lo mismo, de una verdad “metafísica”, que nos hace sabios según el mundo, pero no nos hace justos. Lo que nos hace justos o buenos es convertir las cosas en mediaciones de justicia. A

la Biblia lo que le interesa es que las cosas sean mediaciones que nos lleven a Dios. En este sentido son “verdaderas”. Cuando las cosas no me llevan a Dios (no me conducen al amor), son falsas. Por eso en la Biblia verdad y amor se confunden muchas veces. Estar en la verdad es estar en el amor y viceversa.

Superar la noción metafísica o griega de la verdad. No se trata de negarla, pues el ser humano necesita de la verdad objetiva de las cosas (verdad filosófica), ya que si no las percibe como son en la realidad, las priva de ser mediaciones de amor y de justicia. El amor y la justicia no se pueden basar en una falsedad objetiva. La noción griega de la verdad es una noción objetiva, filosófica, metafísica. Hay que enriquecerla con una noción subjetiva, lo cual se lo da la justicia o el amor. Llenar las cosas de amor y de justicia hace que las cosas lleguen a su plena verdad. El problema del hombre contemporáneo es que ha hecho de las cosas una mediación de interés, quitándoles su valor de mediación de amor. La gran misión de la teología es lograr que la conciencia humana llegue a descubrir en cada cosa una mediación de amor. Por eso su tarea es llenar de justicia y de amor a la conciencia humana, para que esta revista de amor y justicia a las cosas, a la creación. Tenemos una teología llena de disquisiciones filosóficas carentes de vida y de amor y de justicia, que nos vuelven peritos en disquisiciones frente a Dios, pero no en amor a Dios, a partir de la verdad de las cosas. La Teología que más fácilmente logra esto es la que descubre a Dios en la historia, en las cosas, la que les devuelve a las cosas la inhabitación de Dios en ellas. Creo que esta es la fuerza de la Teología de la Liberación, que centra la atención en el Dios de la historia, en el Dios de las cosas concretas, no en el Dios de las teorías.

¿Qué es la Verdad para la Teología?

Es saber ver a Dios como amor comunicable, inhabitador del ser humano, de las cosas y de la historia. Y es, al mismo tiempo, vernos a nosotros mismos, a las cosas y a la historia, como mediaciones de justicia y de amor. Es decir, el papel del teólogo es enseñar a descubrir a Dios como mediación de justicia y de amor, y enseñar también a descubrir en las culturas, no enredadas en la filosofía occidental, a un ser divino que enseña a amar porque nos enseña a ser justos, porque nos enseña a amar. Una iglesia que no enseñe esto, termina convertida en una religión sólo ritualista, sin vida, sin capacidad transformadora. El ser humano, en su dinámica histórica-cultural, suele poner en boca de Dios las verdades que él como humano va descubriendo. Esto lo hace, sobre todo, cuando quiere que Dios respalde su autoridad. Esta es una constante en todas las culturas. Por eso todas las culturas tienen sus propias “sagradas escrituras”, o sus propias “literaturas religiosas”, en las que Dios es el principal actor.

Entre las cosas que el ser humano siente que inquietan su interior, existe una serie de interrogantes acerca del comienzo de las cosas: el mundo, de sí mismo como persona y colectivo, y del papel de Dios en todos estos procesos. Para toda persona y grupo, estas cuestiones trascendentales permanentemente exigen respuesta. De aquí nacen realidades inexplicables, inenarrables e indecibles que inquietan la mente y pertenecen al interior humano, tanto consciente como inconsciente. Dichas respuestas, al ser posteriores y pretender narrar un origen, suelen estar sometidas a las experiencias o realidades que acontecen. Además, reflejan la verdad de una cultura que ha vivido la opresión o liberación, y la relación que ha tenido con la deidad o las deidades. De allí, surge el relato como una

mediación para dar salida a las verdades que se han construido en su interior, y para convertir en decible, aquello que solo se puede decir mediante una figura literaria.

Al símbolo creado, se llama mito de creación. Por lo tanto, todo mito tiene que ver con un relato simbólico, que expresa una experiencia profunda de un hecho que está en el interior de la conciencia colectiva y que narra el comienzo, sobre el cual cada grupo descubre el sentido profundo que tiene su momento original. Los relatos de origen obedecen siempre a los problemas o interrogantes que el individuo o grupo interesado se están haciendo frente a su propia historia, o frente a su propio ser; así, el propósito fundamental de un mito de origen es relacionarlo con la historia del grupo, su cultura, sus costumbres. Los mitos no son mentiras, ni ideas descabelladas para salir al paso de lo incomprensible, por el contrario, es una verdad simbólica, construida bajo una narración literaria para dar respuesta a los acontecimientos que no se abordan totalmente. De cierta manera, la ciencia parte del mito, de la pregunta que este plantea o de la respuesta que da, con el fin de ahondar en una búsqueda más profunda de la verdad.

Basta mirar la historia antigua, para valorar la construcción mitológica que las primeras culturas hicieron sobre la existencia del cosmos y de sí mismos. Unos, lo hicieron ligados a la deidad; y otros, fieles a la observación, ambos de forma especulativa. Quizá, el registro más próximo que tenemos, es de las culturas orientales –Egipto y Mesopotamia-, que mediante cosmogonías y teogonías (relatos míticos creacionales, en los cuales, las divinidades son causales) buscaron develar una última verdad sobre su propia existencia. Estos relatos han sido construidos por las religiones, las culturas y los grupos étnicos. Luego, el surgir de la filosofía, trata de superar el “mito” y su contenido religioso, para dar paso al “logos”, a una explicación más racional y científica. Surgió la pregunta por el arché

(principio - origen) y la physis (naturaleza), aunque no fue posible agotar el mito, pues en él estaba y sigue estando el interrogante primero. Desde Tales de Mileto, los presocráticos, Platón, Aristóteles, Ptolomeo y todos los cosmólogos (que además eran filósofos) posteriores; los seres humanos, únicos racionales hasta ahora, nos hemos preguntado por el principio del universo y nuestra aparición en él. La teoría más reciente y aceptada, es la del Big Bang –gran explosión-, planteada a mediados del siglo pasado (1948). Lo anterior, nos hace constatar que no hay nada más importante que la vida, por eso desde las culturas antiguas hasta ahora, hemos venido cuestionando su surgimiento, que, entre otras cosas, nos ha parecido milagroso.

Actualmente, con los avances científicos y las “teorías creacionales” que se imponen como verdad absoluta, el mito parece estar superado, o por lo menos así lo confirman la ciencia y la tecnología; sin darse cuenta de las limitaciones que tenemos, para comprender lo sumamente grande e inabarcable, que por más sometimiento investigativo que se procure, no haya razón tangible o comprobable. Lastimosamente, e incluso desde los primeros años de escuela, hemos puesto al mito, desde el estudio de la literatura y el lenguaje, equiparado a los cuentos, las fabulas, o cualquier otra narración que es fantasiosa y por lo tanto incierta. Quienes reducen el mito a un simple relato o narración imaginativa, faltan al reconocimiento étnico-cultural de los pueblos indígenas, afrodescendientes y ancestrales del mundo; ya que estos, aún conservan dentro de sus tradiciones, un relato que dio origen a sus tribus, costumbres e historia. He tenido la oportunidad de compartir en la selva con etnias indígenas, es fundamental para ellos, el significado del territorio, los recursos naturales y los espacios sagrados donde se comunican con sus dioses, que suelen ser los ancestros o fundadores de dicha expresión cultural. De igual manera, quien niega la

verdad simbólica que hay en los mitos, niega la riqueza religiosa que permea a toda la humanidad creyente o no creyente, que traduce desde diversas cosmovisiones, la necesidad de trascender. No es posible seguir viendo al mito como mero “sentimentalismo”, proveniente del inconsciente y la fantasía. Ni se puede seguir comparando la verdad simbólica con la verdad científica, que lo único que tiene como fin, es reducir notablemente el relato creacional, haciéndolo aparecer como algo del pasado, sin significación alguna.

Para Aristóteles, el filósofo, ante todo, debe ser “mitopoyético”, pues quien ama la sabiduría, según el estagirita, hace mitos. Crear relatos difíciles de interpretar y cifrarlos simbólicamente, es racional. El mito es racional, da justificación, argumenta y transmite una verdad simbólica, no unívoca. El mito es un gran elemento de la sabiduría, aunque no parezca filosófico, si lo es, por que la filosofía tampoco es ciencia; la filosofía piensa el principio de la ciencia, pero no es ciencia, es sabiduría. Hay que tener hermenéutica para descubrir el contenido racional de los mitos, lo que ellos quieren decir, no solo a su época y cultura, sino a nosotros y a nuestra contemporaneidad. Quizá por eso no pierden vigencia, y hasta la ciencia vuelve a ellos para emprender una búsqueda, y las culturas los siguen transmitiendo de generación en generación, para enriquecer, valorar el territorio y no extinguirse. Preguntar por el origen de algo o de alguien, no es caer en lo incierto o desconocido, es ante todo dar un sentido, aunque no sea tan certero o absoluto como se espera.

El mito no se puede comprobar científicamente, pero da un sentido muy distinto a la vida, la plenifica, le da respuestas que jamás la ciencia podrá darle, tales como de dónde venimos, quienes somos, hacia dónde vamos. Los primeros pueblos que empezaron a buscar respuestas y a ahondar en su interior, no pudieron recurrir a la ciencia, tan solo los

relatos los llenaron de sentido. Algo similar sigue pasando con las culturas indígenas, pues, si se le pregunta a un Chamán de cualquier resguardo sobre su origen o desenlace, de inmediato cuenta un mito y le da un sentido, que no se puede comparar con las narraciones que hacen otros pueblos, sino asumir la diversidad a la cual nos estamos enfrentando. Una diversidad que cada vez más, nos va alejando de verdades absolutas y totalizantes, para dar paso a las múltiples concepciones y al reconocimiento de la otredad.

Conclusiones

La colonización y el patriarcalismo, trajo una religión que se obligó a los pueblos negros e indígenas que viven en nuestro continente americano. Allí se impuso un mito, que es el creacional bíblico; y se impuso una divinidad, que es el Dios cristiano. Dichas verdades que se denominaron como absolutas y que se gravaron a través de la violencia, asesinaron las deidades ancestrales, obligaron a abandonar sus relatos y a perder sentido por el subsuelo y el territorio; todo ello trajo, sin lugar a duda, un gran saqueo de las riquezas minerales. La ciencia, con intención o sin intención, a través de la imposición de verdades absolutas y la ridiculización de los saberes étnico-culturales, ha seguido alimentando el extractivismo. Y la religión, aunque recurra al mito para ofrecer doctrinas de salvación o dar respuesta a interrogantes existenciales, en lo que compete a la aceptación de la diversidad poco ha avanzado, sigue viendo como inferior todo aquello que no proviene del blanco “eurocéntrico”. Hoy viene tomando fuerza la idea de “descolonización” y “despatriarcalización”, para hacer notar las riquezas culturales de la humanidad. Los relatos creacionales y las deidades que tanto tiempo han estado silenciadas vuelvan a ser pronunciadas, y relativa, pero respetuosamente, valoremos los saberes, que no imponen mi verdad –subjetiva- sobre las demás verdades.

Vale la pena destacar que, en algunos frentes, el mito viene siendo revalorizado, y en su profunda unidad con el pensamiento humano, se le reconoce como una forma de conocimiento legítimo y una dimensión esencial de la experiencia. E incluso, el ahondar en

estos relatos creacionales, ha servido al desarrollo de la teoría científica como complemento. La única respuesta certera por el origen del cosmos y la aparición del hombre, no la encontramos ni en la ciencia, ni en el mito, ni en la filosofía; todas estas ramas pretenden reaccionar desde lo que corresponde a su función y praxis. Al referirnos a todas las tradiciones étnico-culturales y religiosas, constatamos que los mitos creacionales, sean cosmogónicos, teogónicos o cosmológicos, son innumerables. Para ninguna experiencia cultural es posible vivir sin dar sentido a su realidad, a su forma concreta de habitar en el mundo. Pretender un solo lenguaje, es agotar la diversidad y cosmovisión subjetiva. Además, los mitos, las especulaciones filosóficas y la investigación científica, tienen un cierto parentesco, o se movilizan hacia un mismo destino: expresar la génesis, para dar sentido y respuesta a los interrogantes más interiores de la conciencia humana. Ninguna de estas tres ramas se pone por encima de las otras, ni supera las visiones de cada una. No es posible que la ciencia y el mito se sigan deslegitimando e imponiendo verdades absolutas que no poseen. Algo si tenemos claro: la ciencia ha tratado de dar respuesta a grandes interrogantes, por ello, se ha acercado a la investigación como su medio eficaz para hallarlas; y el mito a través de su simbolismo, ha pretendido lo mismo.

Lista de Referencias

- Agamben, Giorgio. (1998). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Torino: Pre-Textos.
- Burckhardt, J. (1964). *Historia de la cultura griega*. Vol. III. Barcelona: Editorial Iberia.
- Comte-sponville, André. (2010). *La vida humana*. Barcelona: Paidós.
- De la Torre, G. (2008). *Genesis 1-11*. Quibdó: Fucla.
- Foucault, Michel. (1993). *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Barcelona: Paidós.
- Gadamer, H. *Verdad y Método II*. (1992). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Gadamer, H.-G. (1997). *Mito y Razón*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Gadamer, H.-G. (1998). *Verdad y método*, Vol. II. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Han, Buyng-Chul. (2015). *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder.
- Nietzsche, F. (2011). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Gredos.

Panikkar, Raimon. (2007). *Mito, fe y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.